CIEN AÑOS DEL ENCUENTRO DE ANTONIO MACHADO Y BAEZA O LA CELEBRACIÓN DE UNA POESÍA COMO PALABRA ESENCIAL EN EL TIEMPO

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

COORDINADOR DEL CONSEJO SECTORIAL DEL CENTENARIO DE LA LLEGADA DE MACHADO A BAEZA

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

ANTONIO MACHADO

Cien años de un encuentro

2012 es un año de celebración machadiana y andaluza ya que se cumplen cien años del encuentro del poeta sevillano Antonio Machado (Sevilla, 1875 - Collioure, 1939) con Baeza y de esta tan antigua como artística ciudad altoandaluza con el poeta, esto es, se cumplen cien años de su vuelta a Andalucía, una vuelta claramente forzada por los hechos, que abandonara con ocho años en septiembre de 1883 y a la que volvería en alguna esporádica ocasión, tras su estancia familiar en Madrid, sus tres viajes a París y sus cinco años –de 1907 a 1912– de profesor en el Instituto de Soria, en los que se produjo su inmersión castellana y conoció el amor de la joven Leonor Izquierdo. Desde aquel otoño de 1912, los

dos elementos de esta relación, Baeza y el que desde entonces es su poeta por haberla trocado en luz poética, quedaron positiva y hondamente cambiados por la misma. Por esta razón última y por la importancia que la estancia del poeta tuvo para la poesía española, no podía dejar de celebrarse este centenario y la ocasión así propiciada de celebración del poeta, uno de nuestros clásicos modernos, de su encuentro con la ciudad y de su memorable obra. Por otra parte, como vengo afirmando desde hace años, Baeza no resultó ser un dato más que anotar en su expediente de funcionario del Estado en su deambular por las cátedras de Lengua Francesa de Soria, de la misma Baeza, Segovia y Madrid. Resultó algo más y más profundo, de lo que vienen dando cuenta los numerosos estudios dedicados al poeta y nuestra misma celebración.

Antonio Machado y Baeza (1912-1919)

La llegada del poeta a Baeza y su estancia en la ciudad

Esta etapa comienza de alguna manera el 30 de agosto de 1912 con el anuncio en la *Gaceta de Madrid* de un concurso de traslado para proveer la vacante de la cátedra de Lengua Francesa en el Instituto General y Técnico de Baeza. El 8 de septiembre un abatido Antonio Machado, tratando de dejar Soria de una vez tras la reciente muerte de su mujer, acaecida el 1 de agosto en dicha ciudad castellana –a la que el matrimonio hubo de regresar precipitadamente desde París, donde el poeta mantenía una estancia por estudios, al detectársele su mortal enfermedad a Leonor–, firma en Madrid el concurso de traslado que finalmente gana. A finales de octubre, en una fecha de la que no se tiene constancia, Antonio Machado llega a Baeza, hospedándose en el Hotel Comercio –sabido es que bastantes meses después se traslada a una casa de la calle Gaspar Becerra, esquina Prado de la Cárcel, en la que vivirá con él durante largos periodos su madre, doña Ana Ruiz–, y el 1 de noviembre toma posesión de la cátedra ante Antonio Parra, secretario del Instituto y Leopoldo de Urquía, su director, al que Machado conocía y admiraba, de lo que da testimonio el poeta en un prácticamente desconocido artículo pu-

blicado con ocasión de su muerte en el semanario reformista baezano *Idea Nueva* el 5 de agosto de 1915 [1]. Allí, tras recordar el lejano origen de su amistad, afirma Machado:

> Era D. Leopoldo de Urquía un modelo de profesores, porque a la competencia en el ramo del saber que cultivaba, unía una verdadera vocación pedagógica. Más que un catedrático, era un maestro, en el alto y noble sentido de esta palabra. Sus discípulos no le olvidarán nunca y cuantos nos honramos con su amistad y compartimos con él las tareas de la enseñanza, lo recordaremos siempre con amor y respeto. (Machado, 1915: 2).

Así comienza la etapa baezana de la vida del poeta, una etapa que habría de ser de gran importancia tanto para la consolidación de su proyecto poético como para su vida, si es que se tiene en cuenta la fuerte imbricación en su caso de trayectoria vital y trayectoria poética, tal como se deduce de la lectura de uno de sus más importantes textos poéticos, «Poema de un día. Meditaciones rurales», para el que el poeta barajó los títulos de «Fe de vida» e incluso el claramente denotativo «Mi vida en Baeza» (fol. 23r del ms *Cuaderno 1*, 2005); y si es que se toman en cuenta las afirmaciones que su hermano dejara escritas en su libro *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)*, sin que por ello se tengan que reducir groseramente la una a la otra. Escribía José Machado en el apartado «Sobre su biografía»:

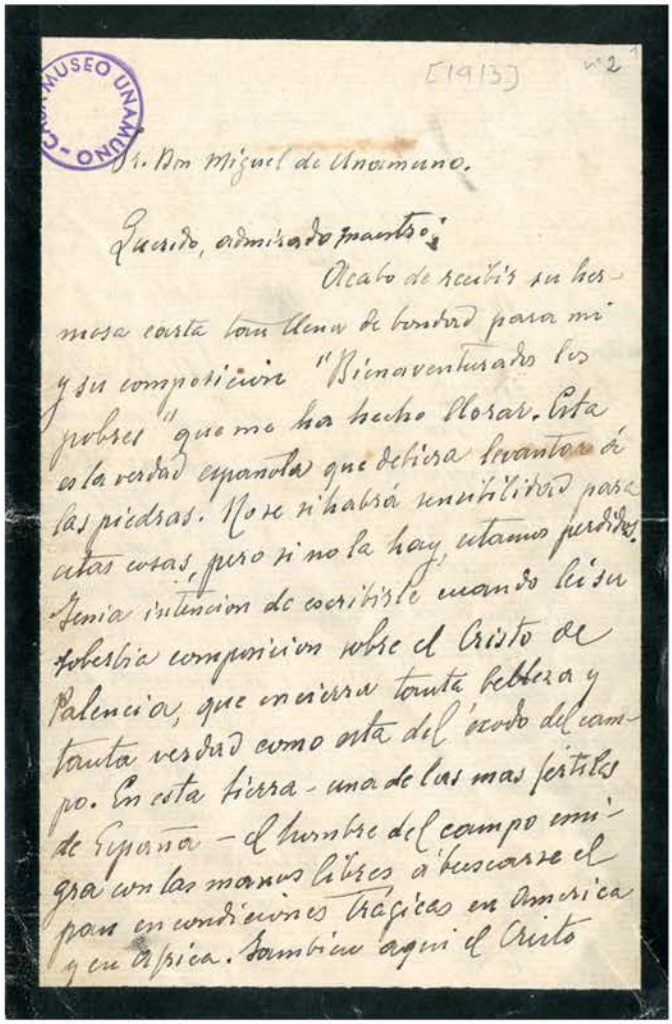
> Muchos se quejan de la falta de datos para hacer una biografía de Antonio, pero me parece que al decir esto no se han dado perfecta cuenta de la obra del Poeta. Esta biografía está en la vida interior que él mismo nos presenta, ya que la persona y su obra es, en este caso, indivisible. (José Machado, 1971: 130).

1 Este interesante dato se lo debo al Comisario de esta exposición, José Luis Chicharro.

Así pues, si se lee el poema antes mencionado, con su fuerte reflexión sobre el paso del tiempo, tan lentamente vivido en su experiencia baezana, por no decir los del ciclo de Leonor y la conciencia que tiene el poeta de su radical soledad o los del paisaje del Guadalquivir que domina y nombra poéticamente desde la atalaya natural de Baeza o los del tema de España, con sus criticados personajes de casino provinciano y sus deseos de regeneración de la patria, etc., además de sus quintaesenciados poemas reflexivos o los muy importantes elogios poéticos escritos en aquellos años, sin olvidar sus numerosos manuscritos y cartas, podrá conocerse profundamente al poeta y también su trayectoria vital y mundo interior trascendidos en la materia de sus versos, reflexiones, elogios y confidencias, dado que no debe reducirse la vida de un escritor a un relato de meros acontecimientos externos, sin que esto suponga restarles a los mismos su importancia, razón por la que deben ser también citados.

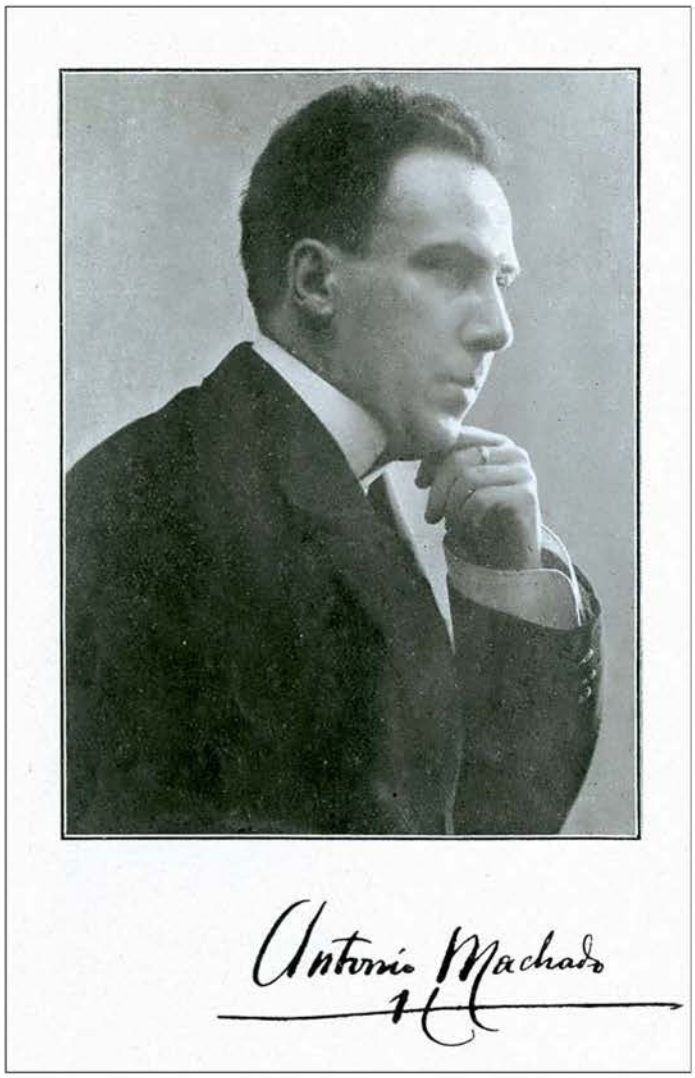
Pues bien, a partir de ese 1 de noviembre, la vida que lleva en Baeza el poeta y catedrático es monótona –así se lo dice a su madre en una carta de diciembre de ese mismo año[2]–, lo que le proporciona la oportunidad de encerrarse en múltiples lecturas, de adentrarse en el campo de la filosofía, tal como le dice a Juan Ramón Jiménez en una carta de mayo de 1913: «Ahora me dedico a leer obras de Metafísica. Ésta ha sido siempre mi pasión y mi vocación, aunque por desdicha mía no he logrado salir del limbo de la sensualidad». (Machado, 2009: 115). Así, movido por un doble interés, por la filosofía misma y por conseguir a partir del curso 1915-1916 el título de licenciado, Antonio Machado cultiva sus lecturas filosóficas y, en ellas, la única posibilidad que le queda de poder abandonar la ciudad y trasladarse a Madrid o a otro lugar próximo a la capital, porque él no se siente bien en Baeza –no le sienta, según sus propias palabras, el clima moral que se encuentra, de lo que dará cuenta a algunos de sus ami-

2 «El tiempo pasa aquí con una lentitud abrumadora. Me parece que va para veinte años que vine y aún no han pasado dos meses. Con todo[,]el tiempo del curso acabará algún día y podré descansar del sedante pueblecito» (Machado, 2009: 102).



Carta de Antonio Machado a Miguel de Unamuno
1 de junio de 1913
FACSÍMIL del original manuscrito
Colección Fundación Casa-Museo Unamuno. Salamanca

gos–, aunque empieza a hacer amigos del propio claustro con los que se reúne en una tertulia en la rebotica de la farmacia de don Adolfo Almazán, profesor del Instituto y farmacéutico e incluso con los que emprende excursiones a las sierras de Mágina y Cazorla. Así, pues, a partir de 1915 realiza sus estudios universitarios como alumno libre de la Universidad de Madrid y, bastón en mano, asiste con cierto rubor a los exámenes de alumnos libres ante profesores que, como Julio Cejador o José Ortega y Gasset, son incluso conocidos o amigos suyos, con los que mantiene correspondencia desde Baeza. Por supuesto, obtiene la licenciatura en 1918 e incluso aprueba el doctorado en 1919, si bien no llega a tramitar el título (Gibson, 2006: 344).



Retrato de Antonio Machado en su libro *Páginas escogidas*, 1917
Colección Narváez-Olivera

Pero hasta que llegue la fecha de su efectivo traslado a Segovia, el 26 de noviembre de 1919, Antonio Machado se entregará a la escritura de poemas –no desea hacer otra cosa, tal como le escribe a Gregorio Martínez Sierra el 20 de septiembre de 1912[3], donde habla de su «rincón» en un sentido más que espacial–; comenzará a escribir el

3 «Estaré en Madrid probablemente hasta principios de octubre en que marcharé a Soria o, acaso, a Baeza, Instituto que tengo concursado y, probablemente, no volveré más por Madrid en cuanto me resta de vida. *Después de mi desgracia, he decidido consagrarme en absoluto a la poesía y no salir más de mi rincón*». (Antonio Machado, 2009: 95; el subrayado es mío, A. Ch.).

cuaderno de autor *Los complementarios*, un cuaderno fundamental para entender sus posiciones poéticas, metapoéticas y críticas, y otros apuntes en sendos cuadernos que llenarán decenas de hojas manuscritas, hoy felizmente rescatadas para los lectores por la Institución Fernán González de Burgos y la Fundación Unicaja, tras algunos adelantos sueltos en los años cuarenta y cincuenta (v. en los Anexos de este catálogo la bibliografía de Antonio Machado relacionada con su estancia en Baeza); intensificará sus relaciones epistolares con lo mejor de la intelectualidad de su tiempo, como ahora recordaré; participará en la vida cultural española a través de la publicación de artículos en numerosos e influyentes medios, apoyando con su firma algunos manifiestos; e incluso participará en proyectos como el de la Liga de la Educación Política Española, promovida por José Ortega y Gasset ya a finales de 1913. En Baeza le tocará vivir además la experiencia de la Primera Gran Guerra y de la Revolución Bolchevique en Rusia, llegando a pronunciarse acerca de la primera en la prensa (v. Machado, 1916), además de en algunas de sus cartas escritas en Baeza[4].

Viajes y excursiones desde Baeza

A partir de 1912 y durante los siete años de su estancia en Baeza, Antonio Machado viaja con frecuencia a Madrid, donde reside su familia, donde cuenta con amigos del mundo de las letras y donde colabora con importantes publicaciones periódicas, entre otras actividades como su participación en la nombrada Liga de Educación Política Española o su presencia en sonadas conferencias de Miguel de Unamuno, además de por tener que examinarse en la Universidad de Madrid como alumno libre de estudios de la licenciatura en Filosofía y Letras y, posteriormente, del doctorado, lo que ocurre entre 1915 y 1919, meses antes de producirse su traslado al Instituto de Segovia, como he dejado dicho.

Durante estos años también va con frecuencia a Úbeda, algunas de estas veces a pie, ciudad muy cercana a Baeza, ciudad tan presente en el poema «CLXVI, Viejas canciones». En todo caso y como reconoce el propio poeta en «Vida», un texto que acompañaba a su «Poética» incluida en la famosa antología de Gerardo Diego *Poesía Española. Antología 1915-1931*, de 1932, donde en realidad traza un perfil viajero de su vida hasta ese

4 Dos cartas seguidas a Miguel de Unamuno dan prueba de ello, las fechadas el 31 de diciembre de 1914 y el 16 de enero de 1915, en las que el poeta, así lo dice, «empieza a dudar de la santidad del patriotismo» (Machado, 2009: 130-136).

momento[5], lo que resalta es su excursión a las fuentes del Guadalquivir –esta excursión tuvo lugar en 1915 y fue acompañado por uno de sus hermanos, Joaquín, algunos amigos de Baeza y, al menos hasta cierta parte de su trayecto, por su alumno de Peal de Becerro Rafael Laínez Alcalá, tal como aclara Gibson (2006: 313-315)– y el haber viajado desde su baezano lugar de residencia a casi todas las ciudades de Andalucía, sobresaliendo sus desplazamientos a las de la Baja Andalucía –el poema «CLV, Hacia tierra baja» es bien expresivo de ello–, entre otros. Constan así sus viajes por razones familiares al Puerto de Santa María y a Sanlúcar de Barrameda, donde verá la desembocadura del río Guadalquivir, así como el desplazamiento a su Sevilla natal y, en ella, al Palacio de las Dueñas donde viviera de niño.

De este perfil viajero quedan memorables poemas suyos donde el río Guadalquivir alcanza un alto protagonismo simbólico y una gran densidad de significación[6]

---

5 Allí escribe Antonio Machado: «De Madrid a París a los veinticuatro años (1899). París era todavía la ciudad del *affaire Dreyfus* en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura, del escepticismo elegante en crítica. Conocí personalmente a Oscar Wilde y a Jean Moréas. La gran figura literaria, el gran consagrado era Anatole France.

De Madrid a Paris (1902). En ese año conocí en París a Rubén Darío.
De 1903 a 1910, diversos viajes por España: Granada, Córdoba, tierras de Soria, las fuentes del Duero, ciudades de Castilla, Valencia, Aragón.
De Soria a París (1910). Asistía a un curso de Henri Bergson en el Colegio de Francia.
De 1912 a 1919, desde Baeza a las fuentes del Guadalquivir y a casi todas las ciudades de Andalucía.
Desde 1919 paso la mitad de mi tiempo en Segovia y en Madrid la otra mitad aproximadamente. Mis últimas excursiones han sido a Ávila, León, Palencia y Barcelona (1928)». (Machado, 1932).

6 En uno de sus manuscritos, el *Cuaderno 1*, leemos el siguiente apunte:

«Adios
Conmigo vais oh campos de Soria hacia tierra
de sol por donde huye Guadalquivir al mar».

Pues bien, los dos versos alejandrinos –a la francesa– resultan ejemplares por la condensación de lo que es la idea de tiempo machadiana. Si los leemos atentamente, veremos en ellos el pasado, el presente y el futuro, es decir, el recuerdo de los campos de Soria que lo acompañan en su viaje a su tierra meridional de origen cuya identidad les proviene del río que las cruza, una presencia fluyente que va a dar al mar. Dicho con otras palabras, el poeta llevará mientras viva la memoria de los campos de Soria y hasta su muerte. En estos dos versos late el fundamental tema de la muerte y el tiempo de la vida ejecutados en un espacio real. En este desconocido apunte se unen de nuevo y para siempre los campos de Castilla y de Andalucía cobrando su alto protagonismo el río Guadalquivir.

◂ *Vista parcial de Baeza*
Posterior a 1905
Postal atribuida a Domingo López Muñoz (1848-1921)
Colección Narváez-Olivera

(léase el poema LXXXVII), además de ir apareciendo salpicados en no pocos de ellos los nombres de pueblos y ciudades, muchos de ellos de la provincia de Jaén, que el poeta ha visto y recorrido y que convierte en materia de sus versos, tal como se ve en los poemas titulados «CXXXII, Los olivos» y «CXLII, Mariposa de la sierra».

El encuentro de Federico García Lorca con Antonio Machado en Baeza

También en Baeza se producirá un encuentro muy importante entre nuestro poeta y un joven estudiante que andando el tiempo llegaría a convertirse en uno de los poetas españoles más universales. El 8 de junio de 1916 se encuentra el joven estudiante Federico García Lorca de visita en la ciudad junto con un grupo de estudiantes de la Universidad de Granada dirigido por el profesor Martín Domínguez Berrueta, visita que se repetirá en la primavera de 1917, el año en que ven la luz dos nuevas e importantes publicaciones de Antonio Machado para las que escribe sus prólogos en Baeza. Se trata de *Páginas escogidas* y de *Poesías completas (1899-1917)*, libro este cuya lectura resultaría de gran importancia para el jovencísimo García Lorca todavía titubeante en su orientación artística hacia la música o hacia las letras.

De estos viajes daría cuenta Domínguez Berrueta en los tres números aparecidos de *Lucidarium. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada*, por él dirigida, y en la que llegó a

colaborar Antonio Machado desde Baeza con poemas de «Proverbios y cantares» (v. Machado, 1917), además llegaría a publicar un artículo de elogio a Domínguez Berrueta en *El País* de Madrid (v. Machado, 1917b). El citado 8 de junio de 1916 fue cuando tuvo la oportunidad de conocer al ya importante poeta Antonio Machado, por aquel entonces y desde 1912 catedrático de Lengua Francesa en el Instituto de Baeza.

Este encuentro del joven García Lorca con Antonio Machado y con Baeza, contado de primera mano por Rafael Laínez Alcalá, alumno de Machado en el instituto baezano[7], estuvo en el origen de algunos de sus poemas y escritos sobre el autor de *Campos de Castilla* y sobre la misma ciudad de Baeza. Así, la granadina revista *Letras* publica en su número del 30 de diciembre de 1917 el que fue el segundo artículo que el joven García Lorca daba a la imprenta. Dicho texto llevaba por título «Impresiones del viaje II. Baeza: La ciudad», luego reelaborado para su primer libro *Impresiones y paisajes*, de 1918, constituyendo la juvenil respuesta en prosa a la profunda experiencia estética provocada por su visita a la ciudad.

Ese encuentro supuso además el comienzo de una respetuosa amistad entre Antonio Machado y el joven García Lorca, subrayada con un poema escrito en 1918 por el joven estudiante granadino con ocasión de la lectura de esa primera edición de las *Poesías Completas* de Antonio Machado, en el mismo ejemplar que le prestara Antonio Gallego Burín, un poema cuyo comienzo no deja lugar a dudas de lo que para el joven Lorca había supuesto su lectura:

---

7 «También recuerdo ahora que por aquellos años, acaso en la primavera de 1916, un día, al filo de las doce, vi un grupo de forasteros acompañados por el arcipreste de la catedral baezana, don Tomás Muñiz de Pablos, que contemplaban la fachada del Seminario, antiguo Palacio de Jabalquinto (...), cercano al Instituto; me incorporé al grupo de turistas lleno de curiosidad y escuché a un grave señor una interesante lección de historia del arte baezano. Supe después que el grupo lo formaban los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada (...) Entre los muchachos (...) iba Federico García Lorca, al que pocos años más tarde conocería yo en Madrid. Aquel día ellos marcharon hacia la catedral, y yo, venciendo mi curiosidad, me volvía al instituto, porque no quería perderme la clase de don Antonio. Al día siguiente mi compañera, Paquita de Urquía, me dio noticia de los viajeros, que los acompañó toda la tarde, y que en el Casino Antiguo, o de los señores, don Antonio había recitado fragmentos de «La tierra de Alvargonzález» y Federico había tocado el piano con mucha gracia». (Laínez Alcalá, 1962).

Dejaría en este libro
toda mi alma.
Este libro que ha visto
conmigo los paisajes
y vivido horas santas.

1919, el año en que deja la ciudad

Finalmente, el 7 de septiembre de 1919 firma la solicitud de traslado al Instituto de Segovia, traslado que le es concedido con fecha de 30 de octubre. A los pocos días, ya en noviembre, Antonio Machado abandona para siempre el que había sido su «rincón moruno», esa «ciudad chiquita como un dedal», que le provocó, como dicho queda, una importantísima producción literaria e intelectual. Atrás quedaban siete años y unas semanas de la vida de un profesor y poeta que marcará indeleblemente a la ciudad de Baeza.

La obra literaria y preliteraria escrita en Baeza y su idea de la poesía como palabra esencial en el tiempo

Poesía y prosa

Como queda dicho, la llegada de Antonio Machado a Baeza, a finales de octubre de 1912 para tomar posesión de su cátedra el mismo día 1 de noviembre, supuso el comienzo de uno de los periodos más fecundos de su actividad literaria. Bien es cierto que, pese al dolor provocado por la muerte de su joven esposa, sobrevenida el primero de agosto de ese año, venía predispuesto a entregarse totalmente a la poesía, como hemos leído más arriba.

Pues bien, salvo la asistencia a sus clases en el instituto, sus largos paseos periurbanos frente a unos paisajes y tierras altoandaluces tan hermosos como feraces, sus horas de tertulia en la rebotica de Almazán, sus viajes a Madrid y otras ciudades andaluzas y sus cortas excursiones campestres, Baeza le brindará esa ocasión de dedicación prácticamente absoluta a la creación poética; a la lectura, estudio y reflexión filosóficas; a la demorada tarea de escribir largas y muy significativas cartas a sus amigos Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset, entre otros muchos destinatarios, como ahora se verá; a la escritura de prólogos y artículos para periódicos y revistas de Madrid, Granada, Soria, Baeza e incluso Buenos Aires; a llenar con su menuda letra hojas y más hojas de sus cuadernos de

Puerta del Perdón (siglo XV) de la catedral de Baeza y entorno
Fotografía de Pedro Narváez

autor que, como en el caso de *Los complementarios* y otros muchos hoy editados, nos aportan –insisto– una precisa información sobre su poética, poesía, lecturas, ideas y reflexiones sobre la literatura y el teatro, entre otros aspectos varios, de gran interés; además de idear el comienzo de una colaboración con su hermano Manuel en la escritura de obras teatrales y de sentar las bases conceptuales de su posterior creación de su importante galería de heterónimos.

Por lo tanto, la importancia de la etapa baezana de la vida de Antonio Machado se revela en la existencia –y actual publicación– de estos manuscritos junto con la larga lista de poemas, artículos y otras colaboraciones periodísticas aparecidas en medios como *El Porvenir Castellano*, periódico de su añorada Soria; *Nuevo Mundo*, *España* y *La Lectura*, de Madrid; *Lucidarium*, de Granada; y *Diógenes* e *Idea Nueva*, de Baeza, entre otros; a lo que hay que añadir el epistolario y los más

de cuarenta poemas escritos en sus años de Baeza e incorporados en 1917 a *Campos de Castilla* o dados a conocer en 1924 en *Nuevas canciones*, poemas cordiales cuyas líneas de fuerza temática oscilan entre la soledad y el recuerdo de Leonor, la naturaleza objetivada en determinados paisajes, la preocupación patriótica y su idea de regeneración de España, la meditación, así como el elogio de los intelectuales españoles de mayor valía como culminación de un proyecto poético de largo alcance, tal como le cuenta a Juan Ramón Jiménez en su primera carta escrita desde Baeza (Machado, 2009: 105).

De la importancia de este periodo creador como culminación de la poética machadiana de la palabra esencial en el tiempo

De ahí la importancia del periodo creador de Antonio Machado en Baeza, trozo andaluz de la realidad española donde, a decir de José Luis Cano, Machado consolida su enorme personalidad, mantiene un interesante intercambio epistolar, acrecienta su formación filosófica y escribe los poemas de preocupación por el destino de España (Cano, 1969: 1-2); etapa que, según Tuñón de Lara, supone el paso de la poesía de tema castellano a la de tema andaluz, con el empleo de metros cortos de raíz popular y considerable carga de pensamiento, adquiriendo grandes vuelos la temática de lo español (Tuñón de Lara, 1976: 99); o en la que el poeta escribe un grupo de poemas que son, para Aurora de Albornoz, una cumbre de la poesía española (Albornoz, 1961). En fin, son estos años –de 1912 a 1919– los que, a decir de Fernández Ferrer, ven nacer los «sublimados» poemas del paisaje soriano[8], los poemas intimistas sobre Leonor, además de los de vocación patriótica y esperanza populista, sin olvidar los que poseen nuevos registros irónicos y críticos y, cómo no, los que profundizan su vocación aforística y de meditación filosófica (Fernández Ferrer, 1982).

Será en Baeza también donde se geste la publicación de libros tan importantes para la consolidación del poeta como

8 «Sublimados», en efecto, pero también poéticamente soñados –p. e., poema CXXI– y «fundidos» –p. e., poema CXVI «Recuerdos» y muy especialmente CXXI–, en el sentido cinematográfico, es decir, mezcla de los últimos momentos de una secuencia de imagen o sonido con los primeros de otra o, lo que es lo mismo, mezcla en el poema del vivo recuerdo del paisaje soriano con el paisaje altoandaluz que su mirada percibe o recuerda.

Antonio Machado y Ruiz ➤
ca. 1918
Joaquín Bastida y Sorolla (1863-1923)
Óleo sobre lienzo (103 x 80,8 cm)
Colección Hispanic Society of America. Nueva York

Poesías escogidas (1917), *Poesías completas (1899-1917)* (1917) y la segunda edición de *Soledades, galerías y otros poemas* (1919). Y será en Baeza donde culmine el giro poético comenzado a dar en 1907 en su encuentro con Soria, del que su poema «IX, Orillas del Duero» incluido en la renovada edición de *Soledades* de ese mismo año es todo un anuncio. Será, pues, en Baeza donde se abra a nuevos frentes la ensayada superación del intimismo subjetivista, su rechazo del esteticismo y todo retoricismo hasta llegar a esa poesía que Antonio Machado elabora desde una nueva consideración cordial de lo íntimo o personal, si bien partiendo de la realidad inmediata, más allá de la descripción o contemplación, tal como descubrimos en la primera edición de *Campos de Castilla*, su segundo poemario. Esta poética tuvo, pues, entre otras

formulaciones, su plasmación discursiva en no pocos textos anotados en ese cuaderno de autor que escribiera en Baeza con el título de *Los complementarios*.

Pues bien, Antonio Machado, que concibe la poesía como un arte temporal junto a la música frente a otras artes espaciales como lo son la escultura o la pintura, por ejemplo en «De mi cartera», de *Nuevas canciones* (1924), ofrece otros argumentos en su cuaderno *Los complementarios* al tratar de elaborar una poesía que fuera palabra esencial en el tiempo. Para ello, tendremos que añadir al reconocimiento de la especificidad del discurso artístico de la poesía frente a las demás artes, su idea de la poesía como el arte que viene a poner la palabra en el tiempo de nuestra vida y viene a darnos la emoción del tiempo. Esto explica que el hondo sentimiento del paisaje, del que alguna vez ha hablado nuestro poeta, sea de esta manera un modo de sentimiento profundo del tiempo y de su fluir. Aquí radica una clave de su poesía y poética y de este modo se explica que su poesía, aun partiendo de la realidad inmediata de unas tierras, de unas gentes y de unas culturas, como ocurre en *Campos de Castilla*, tanto en su primera como en su segunda edición – del año 1912 y 1917, respectivamente–, aumentada con los poemas del ciclo baezano, vaya más allá de la descripción o contemplación. Lo que Antonio Machado persigue con ese hondo sentimiento del paisaje –sentimiento que es siempre de naturaleza social, según razona en «Problemas de la lírica», texto de 1917 que forma parte de *Los complementarios*[9]– es trascender la propia experiencia del mundo exterior en el sentido, como razona Aurora de Albornoz, de cuanto más personal o íntimo u hondo más universal. Aquí alcanza su sentido interno, sin que el mismo reste ninguna posibilidad lectora, su escritura poética de perfil realista y cuidada sencillez expresiva que no abusa de metáforas; su diálogo en clave estética e histórica con un humanizado mundo natural

9 «El sentimiento no es una creación del sujeto individual, una elaboración cordial del YO con materiales del mundo externo. Hay siempre en él una colaboración del TÚ, es decir, de otros sujetos. No se puede llegar a esta simple fórmula: mi corazón, enfrente del paisaje, produce el sentimiento. Una vez producido, por medio del lenguaje lo comunico a mi prójimo. Mi corazón enfrente del paisaje, apenas sería capaz de sentir el terror cósmico (...) Mi sentimiento ante el mundo exterior, que aquí llamo paisaje, no surge sin una atmósfera cordial. Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien NUESTRO. Sin salir de mí mismo, noto que en mi sentir vibran otros sentires y que mi corazón canta siempre en coro, aunque su voz sea para mí la voz mejor timbrada. Que lo sea también para los demás, éste es el problema de la expresión lírica». (Machado, 1917).

inmediato; la confluencia de un mundo interior y un mundo exterior en los poemas[10]; la percepción de un espacio-tiempo real por el poeta aliada a una idea esencial suya de la temporalidad; y, al nombrar lo particular de una tierra y una cultura, la invocación de otros valores esenciales e incluso universales. Aquí alcanza su sentido también su pretensión de aunar lo lírico y lo épico, proyectándose regeneradoramente sobre su propio medio social.

En efecto, nuestro poeta ha tratado de aunar en su poesía lo lírico y lo épico –en el caso de su singular «Poema de un día. Meditaciones rurales» incluso lo dramático, tal como he tenido la oportunidad de estudiar–, lo que ha dejado escrito en no pocos de sus ensayos. Precisamente, afirma Machado en su texto sobre Moreno Villa de su cuaderno *Los complementarios* lo siguiente:

> Si la poesía es, como yo creo, palabra en el tiempo, su metro más adecuado es el romance, que canta y cuenta, que ahonda constantemente la perspectiva del pasado, poniendo en serie temporal hechos, ideas, imágenes, al par que avanza, con su periódico martilleo, en el presente. Es una creación más o menos consciente de nuestra musa que aparece como molde adecuado al sentimiento de la historia y que, más tarde, será el mejor molde de la lírica, de la historia emotiva de cada poeta.

Y si a esta reflexión, le añadimos otras suyas sobre el uso de la metáfora, tal como hace en *Los complementarios*, comprende-

10 Antonio Machado ha dejado escritas unas reflexiones de interés a este respecto en el prólogo que puso a la edición de *Campos de Castilla* en el seno de sus *Poesías completas* de 1917: «Somos víctimas –pensaba yo– de un doble espejismo. Si miramos afuera y procuramos penetrar en las cosas, nuestro mundo externo pierde en solidez, y acaba por disipársenos cuando llegamos a creer que no existe por sí, sino por nosotros. Pero si, convencidos de la íntima realidad, miramos adentro, entonces todo nos parece venir de fuera, y es nuestro mundo interior, nosotros mismos, lo que se desvanece. ¿Qué hacer entonces? Tejer el hilo que nos dan, soñar nuestro sueño, vivir; sólo así podremos obrar el milagro de la generación. Un hombre atento a sí mismo y procurando auscultarse, ahoga la única voz que podría escuchar: la suya (...) Y pensé que la misión del poeta era inventar nuevos poemas de lo eterno humano, historias animadas que, siendo suyas, viviesen, no obstante, por sí mismas. Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía, y quise escribir un nuevo Romancero».

remos por qué considera que la misma está en contra de la poesía directa y sencilla, por su carácter de proceso intelectual y no afectivo. Asimismo comprenderemos su afirmación acerca de que, dado que las palabras por sí mismo significan, no es necesario el empleo de metáforas que puedan convertir un texto en extremadamente hermético o puedan responder a los deseos de ornamentación de un texto que en última instancia no vienen a explicar dichas palabras. Esto es precisamente lo que subraya el poeta andaluz en «Sobre las imágenes en la lírica», también en *Los complementarios*:

> En la lírica, imágenes y metáforas serán, pues, de buena ley cuando se emplean para suplir la falta de nombres propios y de conceptos únicos que requiere la expresión de lo intuitivo, nunca para revestir lo genérico y convencional.

Las relaciones epistolares desde Baeza

Será en Baeza, como apuntamos con anterioridad, donde el poeta Antonio Machado haga más intensa su relación epistolar con lo más granado de la intelectualidad española de su tiempo, además de con su madre y hermanos Manuel y José. Desde que a finales del mes de noviembre de 1912 escribe su primera carta desde Baeza a su amigo de Soria José María Palacio, donde da una impresión negativa de la ciudad, hasta la última que dirige a José Ortega y Gasset en 1919, nuestro poeta escribe no menos de treinta cartas dirigidas a Juan Ramón Jiménez (ocho), José Ortega y Gasset (siete), Miguel de Unamuno (cuatro), Manuel García Morente (una), Ramón María del Valle-Inclán (una), Azorín (una), Julio Cejador (una), Federico de Onís (dos) y Manuel Bartolomé Cossío (una), entre otros destinatarios (v. Machado, 2009).

Pero no sólo resulta de interés este epistolario por su cantidad, sino muy especialmente por lo que en él se contiene de reflexión sobre el problema de España y su regeneración, tomando como ejemplo a veces la propia realidad social que se encuentra en Baeza, como en la carta que escribe a Miguel de Unamuno en junio de 1913, además de en otras dirigidas a Juan Ramón Jiménez u Ortega y Gasset; de información acerca de su situación y estado

personal, de su propia obra poética, con unas interesantísimas notas autobiográficas, y de la valoración de la obra de otros poetas coetáneos como en la correspondencia con Juan Ramón Jiménez; de proyectos cívicos, culturales e incluso políticos como en las cartas dirigidas al joven filósofo Ortega y Gasset; de su posición en relación con la guerra desatada en Europa, como las que dirige a Unamuno en diciembre de 1914 y enero de 1915, la cultura francesa, la cuestión del clericalismo y del laicismo, etcétera.

Ante estos asuntos mayores palidecen, aunque no dejen de interesarnos, los propiamente personales relativos a cuestiones editoriales inmediatas, sus deseos de traslado a Madrid o a una ciudad cercana a la capital, sus estudios y exámenes de licenciatura en la Universidad de Madrid, sus peticiones de recomendación para sí mismo o para su hermano Francisco o las confidencias que le hace a su madre sobre el estado de la ropa de vestir a poco más de un mes de su llegada a la ciudad. En todo caso, las cartas escritas en Baeza constituyen uno de los eslabones fundamentales para conocer desde el ámbito de la privacidad, no pocas veces confesional, al poeta Antonio Machado en su relación con el destinatario de que se trate, al que también se ayuda a conocer desde el texto epistolar.

Hasta aquí estas palabras de aproximación a una etapa en la vida y obra de Antonio Machado que, insistiré una vez más, bien merece su celebración y recuerdo con ocasión de su centenario, pues en Baeza, la tierra que acogió al poeta cuando, tras la muerte de su joven esposa, más solo y triste estaba, hizo posible la profundización de su poética de la palabra en el tiempo, una poética que ha dado como resultado una poesía memorable tan hermosa como necesaria, de la que Baeza no ha querido ni quiere ni querrá con toda probabilidad olvidarse nunca porque pasó a ser con ella materia de unos versos alcanzando un nuevo modo de existencia más duradera que la misma piedra, como dijeran los clásicos: la existencia poética ▪

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alarcón, Rafael; Barco, Pablo del; y Rodríguez Almodóvar, Antonio (eds.) (2005), *Cuaderno 1. I. Textos de creación de Antonio Machado*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Fundación Unicaja.

Albornoz, Aurora de (1961), «Miguel de Unamuno y Antonio Machado», *La Torre*, año IX, núms. 35-36, julio-diciembre de 1961.

Cano, José Luis, «Prólogo», en Francisco Lapuerta y Antonio Navarrete (1969), *Baeza y Machado* (Evocación de la ciudad y el poeta), Madrid, Vassallo de Mumbert editor, col. Siglo Ilustrado.

Chicharro, Antonio (ed.) (1983), *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, Baeza, Universidad de Verano de Baeza (Cursos Internacionales de la Universidad de Granada), 136 p.; Granada, Universidad de Granada-Universidad Antonio Machado de Baeza, 1992², 333 pp. + XIV láminas; Baeza, Universidad Internacional de Andalucía, 2009³, 534 pp. + XIV láminas.

Fernández Ferrer, Antonio (1982), «La edición de 1917. Los poemas de Baeza», *Campos de Castilla. Antonio Machado*, Barcelona, Laia, pp. 57-66.

Gibson, Ian (2006), «Baeza (1912-1919)», *Ligero de equipaje: la vida de Antonio Machado*, Madrid, Aguilar, pp. 259-344.

Laínez Alcalá, Rafael (1962), «Recuerdo de Antonio Machado en Baeza (1914-1918)», *Acta Salmanticensia*, Serie de Filosofía y Letras, Tomo XVI, *Strenae. Estudios de Filología e Historia dedicados al profesor Manuel García Blanco*, pp. 249-257; en Antonio Chicharro (ed.), *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, Baeza, Universidad Internacional de Andalucía, 2009³, pp. 97-108.

Machado, Antonio (1915), «D. Leopoldo de Urquía», *Idea Nueva. Semanario Reformista*, Baeza, 5 de agosto de 1915, p. 2.

Machado, Antonio (1916), «España y la guerra», *La Nota*, Buenos Aires, núm. 47, 1 de julio de 1916, pp. 921-923.

Machado, Antonio (1917a), «Proverbios y cantares. A Don Martín Domínguez Berrueta, maestro y amigo», *Lucidarium*, Granada, núms. 2-3, enero de 1917, pp. 63-65.

Machado, Antonio (1917b), «Granada. El doctor Berrueta», *El País*, Madrid, 4 de junio de 1917.

Machado, Antonio (1932), «Vida», en Gerardo Diego (ed.), *Poesía Española. Antología 1915-1931*, Madrid, Signo.

Machado, Antonio (2009), *Epistolario* (Edición anotada de Jordi Doménech; introducción de Carlos Blanco Aguinaga), Barcelona, Octaedro.

Machado, José (1971), *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)*, Soria [edición del autor].

Tuñón de Lara, Manuel (1967), «Baeza. La realidad española», *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Barcelona, Nova Terra/Laia, 1976³, pp. 91-109.

Retrato de Antonio Machado.

1926

Leandro Oroz Lacalle (1833 - 1933)

Lápiz y tiza sobre papel (49 x 38 cm)

Colección Fundación Ortega y Gasset/Gregorio Marañón. Madrid